

Javier Ibarrola

Pound



menos**cuarto**

Colección CUADRANTE NUEVE

© Javier Ibarrola, 2018

© de esta edición, MENOSCUARTO [E. CÁLAMO, S. L.], 2018

Imagen portada: *Primera lección*, de Alfred Eisenstaedt

Diseño de colección: ECHEVE

Corrección de pruebas: BEATRIZ ESCUDERO

ISBN: 978-84-15740-54-4

Dep. Legal: P-61/2018

Impresión: GRÁFICAS ZAMART (PALENCIA)

Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES

Pza. Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F

34005 PALENCIA (España)

Tfno. y fax: (+34) 979 701 250

correo@menoscuarto.es

www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

A mi mujer

I. EUROPA

LO ENCONTRÉ SENTADO EN LA BUTACA. Vestía jersey de cuello alto y chaqueta oscura. Era mi primera visita. Sus manos, sobre los apoyabrazos de madera, sujetaban unas gafas con la fuerza con que se retiene a un pájaro, a un pequeño animal. El contorno de la cabeza era afilado. El pelo blanco y fosco dividía su frente en dos partes iguales y se separaba del cráneo, repelido por una extraña electricidad. Sus ojos, ligeramente cercanos a la nariz, miraban astutos, oscurecidos. La estancia no era demasiado grande y disponía de una ventana al jardín.

El olor acre de lo viejo es una mezcla entre ajo y cerilla.

—¿Su nombre?

—Pedro, Pedro Zúñiga.

—¿Ha leído *La costa vasca*, señor De Pedro? —preguntó, arrogante, mientras dejaba mi maleta en el suelo.

—Zúñiga, Pedro Zúñiga, señor Pound. No, no he leído esa novela. ¿Me la recomienda?

—¡No es una novela, maldita sea! ¿Ha leído algo de Truman Capote? ¿*In Cold Blood*, *The Grass Harp*? ¿Sabrá al menos quién es Truman Capote!

—Claro que lo conozco, señor Pound. Pero no se altere. Capote... déjeme pensar, ¿*Desayuno en Tiffany's*! Esa

sí la he leído —contesté, recordando el enorme collar de perlas de Audrey Hepburn.

—¿Le gustó? —Percibí un cambio en su tono de voz. La ira que le dominaba desde que había entrado en la habitación se transformó en curiosidad—. ¿Le pareció bueno ese cabrón extravagante?

—Veo que a usted no, señor Pound. ¿Se disgustaría si le contradigo?

—No —respondió tajante. Se levantó del sillón y anduvo hacia la ventana con la mirada vaga, recuperándose de la agitación anterior—. ¿Por qué me iba a contrariar? Él era quien me envidiaba. Lamento que no esté aquí para verme ahora. Si ese estúpido no hubiera bebido tanto...

—¿A qué se refiere?

—Al Nobel, por supuesto. ¿De qué voy a hablar? ¿No ha venido usted por eso? —Su débil figura se giró para examinarme. El pelo alborotado a contraluz creaba un aura en torno a su enjuta cabeza—. ¿Dónde he dejado las gafas? No le veo bien.

—Sobre la mesa del ordenador, señor Pound. Y sí, claro que he venido por esa razón. Le agradezco esta cita. Su sobrina me advirtió de que estaba muy atareado con el discurso —improvisé.

—Bobadas. Siéntese, señor Zúñiga, por favor. Cuando quiera comenzamos la entrevista.

—No es exactamente una entrevista. Se lo habrá dicho Raquel: soy fotógrafo. —Se interesó en mí por primera vez—. No se puede retratar a alguien sin conocerle.

La fotografía, como la literatura supongo, se fundamenta en la intención. Querría saber más sobre su vida, su estado de ánimo, algo que no pueda leer en las revistas.

—La literatura olvida lo que no describe, lo que no es elegido para ser contado. —Se detuvo brevemente, reflexionando las siguientes palabras—. Quizás olvidar sea su único fin. ¿También la fotografía lo hace? —inquirió—. Está bien, está bien, puede hacer lo que le dé la gana, pero sepa que debo corregir el discurso para la ceremonia de entrega del premio.

Descansó la cabeza apoyándola en el sofá. Su mano huesuda de nuevo sostenía las gafas. Encendí una pequeña grabadora. No reparó en ella, pues había cerrado los ojos. Mantenía el gesto adusto y desabrido. Como si le doliera recordar.

—Quiere saber de mí. Desconozco si ha leído mis novelas. Supongo que lo habrá hecho. Es normal que ni haya oído hablar de esas insulsas historias de Capote, él nunca estuvo a mi altura. Solo fue un buen periodista... sí, un buen periodista —repitió—. ¿Por dónde debería comenzar? Igual le decepciona que lo haga por el principio, es prosaico pero eficaz: la primera vez que tuve una novela en las manos. En aquellos años leer no era sencillo... nunca lo ha sido, aunque entonces era diferente. En la casa de mis padres no había libros. La aviación inglesa sobrevolaba Berlín todas las noches desde hacía dos años, ¿porque al menos sabrá que nací y viví allí hasta 1961? —Asentí sonriendo y continuó—. Los días comenzaban temprano,

antes del amanecer. Los aviones eran como vampiros que la luz convertía en polvo... al final ni siquiera ella los detenía. El zumbido incesante de los motores no nos dejaba dormir. Las alarmas se turnaban en el cielo de la ciudad. Pero a todo te acostumbras. Mis amigos y yo recorríamos los barrios arrasados por las bombas; sabíamos el trayecto de los aviones, los contábamos en el aire. Antes de que las sirenas enmudecieran, entrábamos en las casas desiertas. Apenas se tenían en pie. Buscábamos, como pollos de buitre, comida entre los escombros: latas, restos olvidados, ratas que escapaban desesperadas de sus madrigueras. Soportaba el hambre mejor que ellos. Mientras el resto del grupo localizaba los azulejos blancos de las cocinas, cerca de los cuales podría haber patatas viejas o panes como piedras, yo me entretenía buscando cuadros rasgados y sacando fotografías de marcos sin valor. Eran estampas tristes, abandonadas por sus dueños. Les quitaba el polvo con la manga de la chaqueta y guardaba aquellas que contaban más historias. Encontraba un oscuro placer en reconstruir las situaciones en que las imágenes habían sido tomadas: tan felices entonces como patéticas ahora, contempladas desde habitaciones con los tabiques demolidos, a falta de una porción de suelo o con el techo desplomado. Mostraban familias posando respetuosas ante la cámara. Nunca hubieran imaginado que un día un niño extraño a ellos los escrutaría en su propia casa, que un niño hambriento expropiaría su intimidad. ¿Sabe usted cuánto tiempo tardó la gente en sonreír frente a una cámara de fotos?

Lanzó la pregunta al aire, aunque no pretendía que la respondiera.

—No me haga caso, suelo perder el tiempo con esas tonterías. Matrimonios que inmortalizaban su dignidad ante generaciones futuras, y la transmitían a sus hijos, y a los hijos de sus hijos. Al cabo de muchos años, estos los recordarían con cariño y admiración. Retratos de militares, curas, sastres y médicos. De amantes y familiares lejanos. ¿Imagina qué era lo que más me impresionaba?

—Supongo que verlas en sus propias viviendas.

—Que estaban todos muertos —se contestó sin prestarme atención—. Cuando menos, su felicidad. Coleccionar sus imágenes fue una forma de preservar su memoria. Las guardaba bajo mi cama en una vieja caja de zapatos. ¿Por qué le cuento todo esto? Ah... ya me acuerdo, mi primer libro. Al salir de uno de aquellos edificios, me llamó la atención un local al que una bomba había reventado la fachada. La persiana estaba deshecha, enrollada sobre la acera. Incontables libros se desparramaban por el suelo, abiertos, como si el viento los quisiera leer. Dentro de la librería, algunas estanterías habían volcado. El polvo lo cubría todo, como un fino y delicado paño. Cogí un libro al azar. Se titulaba *Paralelo 42*, de Dos Passos... ¿ha leído usted...? Déjelo, qué más da. «... barridos por el siseo serpenteante de las sábanas de lluvia, los trigales cobraron un color de cinc.» Aún lo recuerdo: siseo serpenteante, señor Zúñiga, ¿lo escucha? El siseo serpenteante de las sábanas de lluvia. Fue la primera novela que leí. Me la llevé; esa y, para disgusto de mi madre,

muchas más. Se empeñaba en que no podía quedármelas, en que las devolviera, que aquello era pillaje.

»Un día, de regreso con mi último botín, vi a mis padres subidos a un camión, iluminado por un extraño resplandor. Volví la cabeza aterrorizado. Era nuestra casa. Las llamas salían por las ventanas de la planta baja y una cortina de humo negro, denso como el plomo, se elevaba al cielo llevándose envuelta toda nuestra vida. Pensé, hipnotizado por la fuerza del fuego, en la caja de zapatos con todas las imágenes robadas, en los libros, en *Paralelo 42*, en la alfombra del vestíbulo que nos había regalado Berta, la vecina del piso superior, en los muñecos de mi hermano... Recordé desordenadas las caras de las fotografías. Ante el calor del fuego, se habrían deformado hasta transformarse en negros amasijos de ceniza. Los gritos de unos hombres me devolvieron a la realidad: en el camión donde estaban mis padres había otras personas. Todos tenían una estrella cosida en la ropa. Los que gritaban eran policías de la Gestapo. Al principio pensé que los protegían. Empezaron a cortar el pelo a una mujer que se mordía la mano, y me di cuenta del error.

Calló y levantó la cabeza. Sus ojos vidriosos continuaban en un tiempo lejano. Su rostro quiijotesco se mantuvo erguido.

—¿Sabe lo que es el terror? —preguntó—. Mi hermano apareció corriendo al final de la calle. Llamaba a mis padres. Lloraba. Pasó a mi lado, pero no me vio. Se dirigía al camión. En un primer momento nuestra madre fingió

no conocerle, después gritó: «No eres mi hijo, tú no eres mi hijo». Aparentando normalidad, sujeté los libros con una mano y estiré el brazo para cogerle del jersey. Me separaban de él escasos centímetros, cuando un policía lo alzó por los aires y lo subió al camión. Fue la última vez que vi a mi familia. Con el brazo extendido aún, y la mano abierta, hice un esfuerzo sobrehumano por no llamar la atención. Ellos permanecían juntos, como yo con los libros, sin decirse nada, sin llorar. Mi padre me observaba fijamente, con el gesto encogido por el temor a delatarme. No dijo una sola palabra, ni siquiera abrió la boca. Mantuvo sus ojos en los míos mientras el convoy se alejaba y ellos, abrazados, se convertían en una imagen diluida, en una piedad figurada. El camión desapareció al fondo de la calle. Aquella mirada, silenciosa, fingidamente fría, fue su despedida.

Hizo una breve pausa para añadir:

—El terror, señor Zúñiga, es no hacer nada.

Se levantó para disimular su emoción. Llegó al ordenador y me pidió que le permitiera leer y corregir algunos párrafos de su discurso. Pasaron unos minutos. Susurraba frases para mí ininteligibles y tecleaba nerviosamente anotaciones que le obligaban a releer el texto. Las gafas aumentaban el tamaño de sus ojos. No apagué la grabadora: solo descansaba.

—Fue entonces cuando decidí dedicar mi vida a la literatura. Las letras fueron mis compañeras, me refugié en ellas, en su realidad amable. Berlín, como nuestras vidas, se desmoronaba a golpe de bombas.

Abandonó el ordenador. Fue hacia la ventana y la abrió de par en par. Tras unos segundos, añadió:

—Un día llegó el final de la guerra. Mucho más tarde viajé a los Estados Unidos y me instalé en Nueva York. Allí escribí la mayor parte de mis novelas. Tuve una perra. —Me pareció que un amago de sonrisa aparecía entre los pelos de su barba—. Los perros también tienen ardor de estómago. ¿Ha pensado alguna vez en ello? —De la librería, junto a la ventana, retiró una fotografía enmarcada. Del fondo de la balda sacó un paquete de tabaco y una caja de cerillas—. ¿Le molesta que fume?

—Dudo que le convenga.

—No sea ridículo, ¿cree que me importa? —Encendió el cigarrillo con manos temblorosas. Arrojó la cerilla por la ventana y meneó el brazo para esparcir el humo que había dejado el fósforo y la primera bocanada.

—¿Quiere hablar del premio, señor Pound?

—Si lo hubiera visto, se habría muerto de envidia. Faulkner y Hemingway lo consiguieron, pero Capote, no —contestó riendo por primera vez.

—¿Los conoció?

—Usted no se ha documentado demasiado, joven. ¡Claro que los conocí, a todos ellos! Eran mayores que yo, pero supieron reconocer mi talento. ¿No ha visto fotografías nuestras en los libros de literatura? Yo no las guardo, pero ellos sí lo hicieron. Estaban orgullosos de ser mis amigos... —Golpeaba el cigarro en el borde de la ventana con dedos nerviosos— ... porque éramos amigos.

—¿Tuvo muchos, señor Pound?

Su figura se recortaba oscura en la ventana. El humo del cigarro se le enredaba en su corona de pelo blanco. El sol invadía el porche.

—No es fácil tener amigos, debería saberlo. Se pierden a medida que transcurre la vida. Quizás no se tengan nunca, pero algunas veces nos hacemos la ilusión de que están ahí. Me ha llamado mucha gente para felicitarme por el premio. Usted es el primer periodista que viene, pero llegarán muchos. ¡Qué tremendo revuelo! La verdad es que estoy cansado, y tengo que corregir el discurso, ¿lo quiere leer, señor Zúñiga?

—Por supuesto, señor Pound, pero ¿no prefiere sentarse a descansar un momento? En el porche estaremos más cómodos. ¿Utiliza esa mecedora?

No respondió. Se dejó acompañar hasta el exterior. Unas sencillas columnas pareadas proyectaban su sombra en la tarima del porche. Orienté la mecedora en dirección al sol. Le ayudé a sentarse y a prender otro cigarro.

La conversación había terminado por aquel día.

—¿Se va ya? —preguntó con los ojos cerrados.

—Volveré mañana. A la misma hora. —Coloqué una pequeña manta sobre sus piernas.

—¿Me haría el favor de apagar el ordenador?

—Claro, señor Pound.

Salí en silencio. La silla mecía dulcemente su cuerpo cansado. Recogí mi maletín y guardé la grabadora. Me aseguré de que la medicación estuviera junto a la mesilla

del sofá. La cámara de televisión, en el dintel de la puerta, permanecía encendida todas las horas del día. Miré el ordenador. Era un viejo aparato inservible sin cable de conexión. Una fisura atravesaba como una cicatriz la pantalla apagada. El teclado, al que le faltaban las letras Q y R, parecía una dentadura incompleta.

LA SOMBRA DEVORABA LOS COLORES DE ROMA, los ocres y verdes oliva de fachadas terrosas se oscurecían. Lámparas brillantes en escaparates de tiendas y la cruz refulgente de alguna farmacia abrían los ojos. Motos y coches despertaban de su letargo en los ríos de asfalto caliente. El cielo aún se mantenía azul sobre las cubiertas de teja, como un fondo encendido tras los edificios sucios de vidas y de tiempo.

Paseaba sin rumbo; era una tarde de principios de junio, impregnada del aroma de los tilos florecidos y del calor que se disipa cuando el sol se rinde a la oscuridad. Residía desde hacía un mes en un pequeño apartamento del barrio de Trevi. Estaba orientado al sur y frente a él se extendía el jardín de Sant'Andrea al Quirinale. La propietaria era una rentista que buscaba en el arrendamiento más seguridad que beneficio. El día que me presenté —con un traje azul de rayas verticales color ceniza, camisa blanca y unas deportivas de tela escocesa, además de una enorme sonrisa—, supe, por la satisfacción de su cara, que había superado sus reparos para alquilar la casa a un joven extranjero sin nómina ni trabajo fijo.

El apartamento tenía dos estancias al exterior, el amplio salón y un dormitorio de cama ancha, no muy alta,

cubierta por una colcha de tela blanca. A través de una puerta se accedía a la terraza donde una mesa y dos sillas de mimbre se dejaban acompañar por una camelia de rosas marchitas y una adelfa prendada de botones blancos dispuestos a romper. Desde la terraza se veían las dos ventanas del salón, enmarcadas en nichos que alternaban arcos escarzanos y frontones triangulares de templo clásico. La fachada de la casa ofrecía lo mejor de sí misma; el interior era sencillo y austero, con los techos altos. Me sedujo la idea de pasar allí las mañanas. La luz franqueaba el tamiz de la copa de un gran árbol, que curioseaba desde fuera. Atravesaba los listones de las contraventanas y golpeaba cada mota de polvo en suspensión. El polvo grueso de Roma.

Los muebles, antiguos y bien cuidados, hablaban mudos de unas vidas singulares ya olvidadas, de las que más pronto que tarde serían únicos testigos. Me llamó la atención un par de sillas de madera enfrentadas entre sí, bajo la vieja ventana. El barniz lucía ajado y en algunos puntos desprendido; posiblemente fueran originales, al igual que una silla Barcelona, de piel curtida, raspada por el uso y los años; estaba en una esquina de la sala, junto a una lámpara de pie. Una mesita redonda, con una tapa de cristal, soportaba una pequeña jarra con agua y una flor: esta se inclinaba humilde sobre el tablero, donde se reflejaba, multiplicando la hermosura de sus pliegues. El sol rebotaba en el cristal tiñendo la estancia con los pálidos tonos rosáceos que la flor desprendía.

Una alfombra afgana de colores pardos, con geometrías enlazadas de rombos y grecas, se extendía bajo la silla, la mesa y la lámpara, a modo de paspartú. Las maderas anchas e irregulares de la tarima de roble eran un territorio a veces abrupto, en el que viejas esteras descansaban como lienzos olvidados. En una esquina, descubrí una Toio, la mítica lámpara de Achille Castiglioni. Debía de ser —por su acabado descuidado, la herrumbre del metal y el demudado foco de coche que la coronaba— uno de los primeros ejemplares de aquel bello objeto. Su diseño, de industrial remendón, contrastaba en la decoración decadente de telas, alfombras y una peonía rosada.

La anciana me dirigía miradas interesadas. Buscaba en mi cara alguna señal que le permitiera albergar la esperanza de cerrar el trato.

—¿Le gusta? Los muebles los eligió Aldo, mi marido. Las sillas de madera son las mismas en las que se sentaron Kennedy y Nixon, ¿sabe?, los americanos... en un famoso debate de la televisión, ¿se acuerda usted?

—Sí, creo que sí... —mentí—. ¿Le importa que fume, señora Pirlo?

—No, en absoluto —contestó, pero la expresión de sus ojos traicionaba sus palabras—. Aunque si le soy sincera, nadie ha fumado en esta casa. —Bajó la mirada que yo sostenía—. Mi marido, Aldo...

—En eso no llegaremos a un acuerdo, señora... —Mi insistencia la humillaba, deseosa como estaba de finalizar

la negociación. Me resigné—. En fin, si me quedo, procuraré no fumar.

—¡Cuánto me alegro! Hará bien, y algún día me lo agradecerá, señor Zúñiga. ¿Es vasco? Lo digo por su apellido.

Trasladé mis libros. Acostumbrados al ir y venir de su propietario, encontraban fácil acomodo en las cajas de cartón que se reproducían cada vez que cambiaba de residencia. El resto de mis pertenencias, un descascarillado flexo Tizio, compañero de tantas noches de insomnio y ávido fumador del humo de mis cigarros, dos cuadros pequeños, obsequio de mi abuelo, el ordenador portátil, el equipo fotográfico y ropa, bastante ropa, eran el recuerdo de todas las ciudades en las que, con el paso de los años, había vivido.

Cada mañana me sentaba en la vieja silla de Mies, adquirida por el difunto señor Pirlo, consciente de la nota discordante que aquella estructura metálica de patas abiertas suponía en un *palazzo* romano de la colina del Quirinale. Las horas transcurrían con lentitud. La luz dibujaba líneas rectas al atravesar las contraventanas, como espadas de oro en la penumbra de la habitación. Me gustaba regular la distancia de sus listones hasta que el aire adquiría una textura pegajosa. Como cierta vez en Mantua, en el interior de la basílica de San Andrés, cuando un rayo de sol penetró por una de las ventanas del tambor de la cúpula en el espacio protegido por la enorme bóveda de cañón. Las partículas de polvo se hicieron visibles y el aire de la iglesia se materializó en incontables puntos iluminados a modo

de testigos colgados de los casetones del techo, como si un Calder diminuto y enloquecido hubiera conseguido al fin dominar la fuerza de la gravedad. Las imponentes bóvedas, que en las capillas laterales sostenían la cubierta principal, enmudecían ante el espacio revelado. Las pilastras corintias simulaban el orden de un mundo perfecto.

El espacio es el aire alimentado de luz. En mis fotografías la sometía a un estado extremo, estirándola, forzándola momentos antes de su descomposición.

Me sentaba junto a la mesita redonda, donde ahora descansaba la jarra con una flor marchita. En el cenicero se ordenaban a partes iguales, colillas y ceniza. Jugaba con el humo del cigarro. Adquiría formas caprichosas e insospechadas. Soplaba y el polvo se ocultaba alborotado para volver a ordenarse en pocos segundos. El humo y la sombra se enredaban en un baile sinuoso, irrepetible, casual.

Pasadas tres semanas decidí que ya conocía la luz de la casa lo suficiente como para fijarla en imágenes. No era justo paralizar la loca danza de fotones y gas. Las fotografías tendrían un color apagado y en ellas destacaría la ausencia de brillos, en una representación mate de la realidad. Seguramente, se celebrarían como todas las demás, pero no me satisfacía la idea de detener aquel movimiento.

El humo no brillaba. No debía oscurecerlo como a tantos otros objetos que en ocasiones me veía obligado a ensuciar para que las fotos adquirieran una falsa antigüedad. Desde que leí el *Elogio de la sombra*, de Tanizaki, fui consciente de que el brillo de las cosas fue un foco no deseado

y en cuya existencia jamás había reparado. Ni los objetos ni las personas resplandecen con el paso del tiempo; al contrario, el discurrir de la vida, el rotar de la Tierra en su viaje eterno dentro del espacio oscuro, imprime una pátina impertinente, un óxido orgánico que se pega a la piel, a la superficie de los objetos, a su alma.

El humo escapaba por los huecos de la contraventana de madera. Ascendía veloz entre las capas superpuestas de pinturas grises cuarteadas. Jugaba a desaparecer en volutas fugaces por los filtros de la penumbra.

No debía detenerlo en un plano fijo. Grabé sus evoluciones con dos cámaras de vídeo. Cada una de ellas tenía una sensibilidad diferente a la impresión lumínica. La superposición de imágenes multiplicaba el juego y la danza disparatados de las partículas de humo.

Cuando caía la tarde, me animaba a salir del apartamento y vagaba por las calles. Como yo, descansaban del sol, del calor.

Aquel día caminaba por la acera donde las iglesias de Sant'Andrea y San Carlino compiten en la digresión del orden clásico. No acostumbro a tomar taxis, pero disponía del tiempo justo para hacer unos recados. Después, bebería una cerveza fría en alguna terraza junto al Pantheon, y comería algo en los lugares de costumbre. En la parada había un único vehículo, así que corrí a cogerlo. En el mismo momento en que abría la puerta trasera, por el lado opuesto, una mujer con vestido negro, escotado y sin mangas, un collar de perlas y gafas oscuras, entró apresu-

radamente en el coche. Con la puerta todavía abierta, dio una última calada al cigarro que apretaban crispados sus labios. Lo arrojó al suelo, pisándolo con el pie que aún no había introducido. Me miró y distinguí tras sus gafas un gesto de sorpresa.

—¡Entra, por favor! —dijo cuando la miré incrédulo fuera del taxi, sujetando la puerta—, no tengo tiempo que perder...

—No importa, esperaré al siguiente —contesté, resignado.

—El señor estaba primero... pero a mí me da igual, si ustedes están de acuerdo —pretendió resolver el conductor.

—Vamos, Pedro, ¿es que no me reconoces? —preguntó en el instante en que se quitaba las gafas y unos ojos grandes me sonreían desde la distancia del olvido— ¿Tanto he cambiado?

—¡Raquel!... pero... ¿qué haces en Roma?... ¿qué haces en mi taxi?

—Pura casualidad, te lo aseguro. Pero móntate ya. Tengo prisa. ¡Qué guapo estás, no sabía que estuvieras aquí!

Entré en aquel vehículo convertido de repente en una máquina del tiempo. De mis ensoñaciones con Bernini y Borromini había pasado a compartir un efímero viaje con una mujer de la que supe todo, el olor de su piel o la composición de su infusión preferida: hierba luisa, melisa y menta. Sabía cómo cambiaba el color de sus ojos si miraba al mar, la expresión de su cara mientras dormía. La había amado y fotografiado. Las mudas imágenes de su

cuerpo desnudo eran un clásico de mi obra, pero sobre todo eran el único recuerdo de los dos años que vivimos juntos en Madrid.

El viaje en taxi por las colapsadas calles de Roma nos permitió conversar sobre nuestras vidas en los últimos seis años. Raquel conocía la evolución de mi trabajo, la reciente exposición en el Museo Thyssen, y cómo sus retratos habían dado la vuelta al mundo alimentando a los amantes del blanco y negro, y también a los de la belleza de un cuerpo de mujer. Había seguido mis viajes y comprado mis libros de fotografía. Se divertía descubriendo en ellas las obsesiones permanentes de su autor, las invariantes de mi cerebro: luces tenues, la textura de los objetos, las pieles. Podría contar mejor que yo mis paseos cuando los colores tornan agotados hacia el gris, el abatimiento de las copas de vino en cualquier plaza de cualquier ciudad, o la resignación con que pediría una pasta fresca con pimienta negra. Podría haber dicho que era precisamente eso lo que me disponía a hacer.

Reconocía mi desventaja con aquella mujer misteriosa, enigmática y sofisticada. No era la chica alegre, despreocupada de la vida, que me arrastraba por las calles más canallas de Madrid. Trabajaba en una tienda donde vestía con diseños disparatados a golfos, artistas y gente de mal vivir. Se había esfumado el personaje de anuncio feliz en una playa del Mediterráneo, la acompañante perfecta de madrugadas en pubs que cerraban por aburrimiento, momentos antes de salir el sol, la amante salvaje que me besaba con

pasión en las aceras, o donde se le ocurriera, ante el asombro y la envidia de quien pasara por allí, la que me bebía con la sed hormonada del ansia y de la juventud. No era ella. Seis años habían bastado para que su pelo largo, marrón como la cerveza oscura, se recogiera en un moño alto, perfectamente compuesto, cerrado con un pasador de dibujos florales, de oro blanco, de algún diseñador vienes de principios de siglo. Sus labios brillaban pintados, perfilados en un rojo violento. El collar de perlas pálidas había desplazado aquel otro de piedras blancas, con el que la recordaba desnuda, sudorosa, disfrutando sobre mí.

El vestido de seda negra era sutilmente transparente y permitía adivinar el color algo más oscuro de la ropa interior. ¡Tantas veces había visto y deseado su pecho desnudo a través de aquellas camisetas procaces y vaporosas en los veranos tórridos de Madrid!

Se había casado con un diplomático argentino. Tenían una hija y vivían en Roma, en el barrio de embajadas e iglesias barrocas que se eleva sobre el foro de la ciudad eterna. No le pregunté por qué un día se fue sin dejar rastro. Por qué no hubo un adiós, una explicación a todos los recuerdos que ahora me torturaban. En realidad no le pregunté nada. Porque no hubiera querido responder.

—Pare, por favor... cuando le venga bien. Me bajo aquí —le pedí al taxista, interrumpiendo a Raquel en una prolija exposición de sus labores cotidianas como esposa del embajador—. Me alegro de haberte encontrado, ha sido una sorpresa, verte así, tan distinta...

A sus ojos asomó una sombra de tristeza. Dejó de sonreír. Me preguntó si nos volveríamos a ver, si me apetecía quedar una tarde cualquiera para tomar algo. No respondí y pagué al taxista mientras ella apuntaba en un papel su número de teléfono. Me lo dio antes de que cerrara la puerta y el coche continuara su camino. Vi cómo el taxi se marchaba y allí, de pie, con una mueca estúpida en la cara, hice una pelota con el papel y la redondeé unos segundos en la punta de los dedos. Caminé hasta el Campo de Fiori, la única plaza de Roma sin iglesias. Estaba intranquilo. Me senté en una terraza y cené. No sé qué pedí. La metamorfosis de Raquel me hizo sentir alivio: el mismo que proporciona el dolor cuando se va. Llegó por fin la noche. Ella estaría recordando nuestro encuentro. Pero ¿qué me importaba lo que pensara?

Fumaba un último cigarro antes de volver a casa. Reconocí el olor de la calle caliente y de los restos marchitos de las plantas del mercado matinal amontonadas en los bordes de las aceras. Basura y flores. Una chica se peinaba sentada en el alféizar de una ventana. Su pelo era largo y rojizo, y la piel de los brazos, blanca.

Reí. Había decidido abandonar la ciudad.